

ANA RUIZ GUTIÉRREZ: ARTE PREHISPÁNICO EN FILIPINAS EN HISTORIA DEL ARTE EN IBEROAMÉRICA Y FILIPINAS. MATERIALES DIDÁCTICOS. I. ARTE PREHISPÁNICO. SERIE MAYOR. MANUALES. SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, 2005.

INTRODUCCIÓN.

La vuelta al mundo realizada por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano, supuso por primera vez en la historia, la incorporación a los esquemas mentales occidentales de las verdaderas dimensiones de la Tierra. Dentro de todo su periplo las islas Filipinas se convertirían en un punto fundamental, no solo porque fue allí, en la isla de Mactán, donde Magallanes murió a manos del rey indígena Lapu Lapu, sino que se convirtieron a partir de ese momento en un punto estratégico en el sudeste asiático, frente a las fundaciones llevadas a cabo por los portugueses y sobre todo como contrapeso al control de éstos sobre las islas de la especiería, Las Molucas.

En el momento de la llegada de los españoles a Filipinas, el archipiélago se encontraba inserto dentro de la dinámica de extremo oriental de Asia, ocupado en el sur por grupos de cultura musulmana, con la isla de Mindanao como centro, y comerciantes chinos que desde la costa de Fujian se dedicaban a comerciar con los grupos asentados en la isla norteña de Luzón.

Esta situación que confería un carácter singular a las islas, determinó que desde el siglo XVI, se llevara a cabo una política de control de todo el conjunto del archipiélago por parte de la corona española, en un primer momento para explotar sus riquezas, y en una segunda fase para convertirlas en puente entre Asia y España a través de la ruta transoceánica hacia Nueva España, que se consolidaría con el Galeón de Manila o Nao de la China.

El asentamiento de los españoles en la isla fue desigual. Mientras que la costa conoció una rápida transformación con la fundación de nuevas ciudades, el interior montañoso se mantuvo fuera del alcance de los nuevos pobladores, a penas algunas avanzadillas misionales de dominicos y agustinos llegaron a consolidar su presencia, lo

que incidió en la preservación de sus tradiciones y rasgos culturales. Todo un conjunto de aspectos que son los que se tratan en este tema.

No obstante quisiéramos aclarar que la mayoría de las piezas que se conservan en la actualidad pertenecientes al arte prehispánico filipino datan del siglo XIX, siendo básicamente reproducciones de los originales, que han llegado a nosotros como copias, pero cuyo análisis sirve inicialmente para el objetivo de este tema.

LA GEOGRAFÍA DE LAS ISLAS FILIPINAS.

La geografía de las Filipinas es principalmente insular aunque presenta ciertos rasgos continentales en el interior de algunas de las islas mayores que conforman el archipiélago. Sus 7107 islas se organizan en porciones terrestres, de las que destacan once grandes islas que se distribuyen a lo largo de más de mil ochocientos kilómetros de norte a sur. Sus 23000 kilómetros lineales de costa, condicionaron su continua exposición a las influencias llegadas desde territorios próximos del sureste asiático.

Las islas de Bohol, Cebú, Leyte, Luzón, Masbate, Mindanao, Mindoro, Negros, Palawan, Panay y Samar, conforman más del 90% del territorio nacional mientras que el resto se reparte entre el incontable número de islas restantes, agrupadas en pequeños archipiélagos.

La orografía es fundamentalmente montañosa y volcánica, superando una decena de islas los 2000 metros de altura, y destacando entre ellas los innumerables volcanes que aún presentan actividad en algunas de ellas. Las llanuras que se abren entre las cadenas montañosas que recorren el país en una dirección predominante norte-sur, son pequeñas y escasas destacando las de Cagayán, Manila o Llanura Central en Luzón y las de Agusán y el Valle en Mindanao.

La red hidrográfica apenas si está desarrollada por lo que las cuencas de mayor desarrollo se emplazan en las islas mayores. Unos ríos que no sólo se encuentran expuestos a cambios de cursos por los propios movimientos sísmicos, sino que debido a la poca extensión de las islas, tienen una longitud limitada con fuertes pendientes y

lechos escalonados. Sin embargo, la tremenda caudalosis de algunos de ellos los convierte en medios ideales de comunicación local, permitiendo el desarrollo comercial interior.

Con un clima extremadamente caluroso, con una media que no baja a lo largo del año de 21° C, donde destaca el régimen de lluvias dependiente de los tifones y monzones del sureste de Asia, que se convierten en elementos condicionantes de la distribución de la población sobre el territorio y determinantes de la propia economía que se llega a desarrollar, convirtiéndose este elemento en uno de los más importantes a tener en cuenta.

Por último respecto a la vegetación, se trata de una cubierta vegetal propia de los espacios subecuatoriales destacando la selva tropical cálida.

CONTACTOS PREVIOS A LA LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES.

La singularidad del espacio filipino respecto al americano antes de la llegada de los españoles, está determinada por el hecho de encontrarse inmerso en relaciones con otras regiones del arco surasiático, lo que nos lleva a considerar a elementos malayos, indios, chinos, vietnamitas e indonesios, como los predominantes en las características del arte filipino con anterioridad al siglo XVI.

Las sucesivas tesis del poblamiento de Filipinas han sido objeto de discordia, existiendo un punto en común en la aceptación de una emigración desde el continente asiático y un elemento de desencuentro en la cronología y en la forma en que fueron llegando los distintos grupos. De acuerdo con las teorías clásicas, se puede afirmar que los primeros pobladores fueron negritos o pigmeos oceánicos, contingentes del mismo grupo étnico de los habitantes de la península de Malaca y el oeste de Nueva Guinea. En una segunda fase llegaron emigraciones directamente desde la India y China, junto con oleadas de grupos proto-malayos.

Finalmente en torno al 300 a.C. y hasta el siglo XIII, se testimonian aportes malayos con una cultura más avanzada, provocando el arrinconamiento de los

pobladores existentes, que se vieron obligados a refugiarse en las zonas montañosas de las islas principales.

La influencia musulmana llegó al archipiélago a finales del siglo XIV ocupando fundamentalmente las islas del sur. Una expansión que se vio frenada por la llegada de los españoles en el siglo XVI.

El predominio de las incursiones marítimas en el desarrollo de estas vinculaciones se testimonian a lo largo de todo este período, siendo los primeros contactos los establecidos con la India desde los siglos anteriores a nuestra Era, aprovechando los vientos de los monzones para comerciar por el Golfo de Bengala, Vietnam y las propias Filipinas. Más tarde, con Indonesia, se consolidaron una serie de pequeños estados en la región que aumentaron las relaciones de intercambio fundamentalmente de especias, productos tropicales, oro y estaño. Una situación que propició el que se generalizaran entre cada región toda una serie de elementos que las relaciona desde un punto de vista religioso, y artístico, llegándose a compartir términos y creencias.

No obstante, el comercio estaba limitado a las zonas costeras de las Filipinas lo que provocó un desarrollo desigual con el interior, donde se daba una economía de autosuficiencia. Unas zonas interiores que permanecieron desconocidas hasta 1572. Durante el siglo XVII es cuando aumentan el número de datos acerca de estas zonas de las islas, gracias a las misiones cristianas de dominicos y agustinos que se adentran en ellas intentando someterlos a la religión cristiana, aunque no con el éxito que se venía produciendo en otras zonas.

SOCIEDAD Y RELIGIÓN.

Los grupos filipinos anteriores a la llegada de los españoles desarrollaron su vida cotidiana vinculándola a su entorno, tremendamente mediatizado por las creencias religiosas, los ciclos de recolección de la tierra y el prestigio social a través de la figura del guerrero.

En este sentido la estructura social de esta población era relativamente compleja ya que se encontraba conformada por una variedad ingente de etnias cuyos rasgos culturales condicionaban sus costumbres y modos de vida. La sociedad filipina se encontraba organizada en cuatro estamentos de los cuales el más importante era el *dato*, o dirigente, gobernador de los *barangays* o unidades de organización política, formados por un grupo de familias que presentaban lazos de parentesco, que aún en la actualidad existen como célula de organización de las distintas provincias del país.

El segundo grupo en importancia eran los *maharlicas* o nobles que obedecían al *dato* y apoyaban las acciones bélicas para establecer la paz entre los *barangays*. El tercer grupo eran los *timavas* o *timaguas*, hombres libres que servían al *dato* a manera de plebeyos. Por último nos encontramos con los *aliping* o siervos adscritos a la tierra que cultivaban y de la que daban la mitad de la producción a su señor.

A pesar de esta claridad en la estratificación social, la diversidad de grupos étnicos filipinos, los hacen diferentes los unos de los otros. Los más importantes en sus producciones artísticas van a ser los ubicados en la Cordillera Montañosa, en la isla de Luzón a quienes se les conoce con el nombre de *Igorrotes*, es decir, “los que viven en la montaña”, destacando los *Ifugao*, los *Kalinga* y los *Bontoc*, de las aproximadamente diez tribus que conforman este grupo.

La base económica de estas poblaciones se basa en el cultivo de arroz de regadío, los alimentos tradicionales y los cultivos más antiguos, como son los tubérculos y raíces, propios de la agricultura de artiga que se llama *kaingin*.

La producción de estos sistemas de regadío destaca en los *Bontoc* e *Ifugaos*, que han practicado desde la antigüedad un sistema de cultivo de arroz en los terrenos pendientes en las laderas montañosas, convertidos en terrazas cultivables por medio de fuertes muros de piedra o *kabitis*, que se hacían prácticamente verticales por fuera y con fuerte inclinación por dentro. Este sistema de cultivo es uno de los más antiguos del mundo, el cual perdura en la actualidad gracias al esfuerzo de los ancianos de las tribus.

Por lo que respecta a la religión, ésta se basa en la tradición oral transmitida a través de las canciones. En este sentido se constata la existencia de la creencia en un

dios superior que se comunica con los hombres a través de los espíritus de la naturaleza y de los antepasados. Ese ser supremo, cuyo origen estaría en la influencia de las doctrinas taoístas chinas, se considera como la esencia primigenia que mueve el universo y que apenas se relaciona con los hombres y con los dioses secundarios de la propia naturaleza. Éstos son seres que se representan en un objeto material, inspirando emociones que causan adoración, conteniendo fuerzas mágicas que resultan positivas o negativas, que exigen de un conjunto de rituales para que predominen las primeras respecto a las segundas.

No menos importantes son los dioses particulares o antepasados a los que se invoca sobre todo para las actividades cotidianas. Son los dioses de la guerra, el arroz, etc., y juegan un papel fundamental dentro de la estructuración religiosa ya que junto con los dioses de la naturaleza son los más cercanos a la voluntad del ser supremo.

CARACTERÍSTICAS GENERALES EL ARTE PREHISPÁNICO FILIPINO.

El carácter tradicional que encierra la cultura filipina determina que su arte se encuentre relacionado con los elementos culturales más destacados de su entorno. Unas manifestaciones culturales cuyo concepto artístico carece de un valor estético estable y cuenta más con un aspecto simbólico tremendamente marcado y que afecta a la interpretación de los acontecimientos, a ceremonias, o la realización de piezas, permitiendo que convivan de una manera clara elementos materiales e inmateriales. Es por ello que un análisis de cada uno de los campos en los que podemos considerar que se desarrolla el arte filipino prehispánico, exija una diferenciación entre el significado y el significante de un modo evidente.

Respecto a la alfarería, una de las actividades con más tradición en las islas Filipinas, destacan los recipientes utilitarios y los funerarios de tipologías variadas, aunque los antropomorfos y los de sección circular ligeramente asimétrica, son los más numerosos. La muestra más importante de la cerámica prehispánica filipina es la jarra llamada *Manunggul* que se exhibe en el Museo Nacional Filipino y data del siglo VIII a.C.

En cuanto a los tejidos los filipinos comenzaron su producción fabricando sus propias telas extrayendo fibras vegetales como el *abacá*, el *ramio* o el *maguey* y a teñirlas con diversos colores extraídos de las plantas y las cortezas de los árboles. La elaboración de los tejidos era un trabajo en el que participaba toda la familia donde la mujer era la encargada de manejar el telar. Los tejidos que se elaboraban tenían unos fines domésticos aunque adquirirían un valor especial a la hora de la muerte, ya que los difuntos se envolvían en tantas mantas como la familia podía adquirir. Los fardos en los que acababan cubiertos los fallecidos recuerdan a las prácticas de enterramiento peruanas cuyos muertos se envuelven en fajos de mantas, de tal manera que se convertía en un reflejo del estatus económico de la familia.

El arte y diseño de la cestería en Filipinas es una de las mayores manifestaciones de su sensibilidad artística. La variedad de las plantas del tipo de la mimbre, el junco y caña, les proporciona la materia prima necesaria para elaborar magníficos objetos. Unas piezas que se generalizaron desde el mismo momento en el que los filipinos se vieron en la necesidad de almacenar cosas, desarrollando un amplio muestrario de formas para cada una de las funciones que requerían. De este modo evolucionaron las técnicas hasta el punto de llegar a impermeabilizar los cestos con pasta hechas de resinas, para proteger a los productos de la humedad del clima.

Destacan las producciones de cestas y mochilas para conservar y transportar el arroz, mochilas rituales para la caza de cabezas, sombreros, etc.

Desde un punto de vista decorativo, los motivos varían dependiendo de la zona en la que nos encontremos y así en el caso de Mindanao o Cebú la decoración se consigue con la combinación de dos tonalidades de la misma planta generando dibujos de estrellas y rombos. Algunos ejemplos más complejos decoran las cestas con piezas de vidrio, conchas o bronce además de utilizar una mayor gama de colores. Diferentes a éstos, son los ejemplos de Luzón donde las piezas son mucho más sobrias en cuanto al color que suele ser más uniforme y la ornamentación depende de la diferencia de anchura de las fibras o de los refuerzos que se aplican.

Gran parte de estas piezas están imitando modelos de porcelanas chinas que tanta influencia han tenido en el archipiélago. Las piezas se heredaban de padres a hijos, porque se convertían en piezas muy valiosas por su diseño y resistencia.

El trabajo de los metales en los pueblos prehispánicos filipinos se concentró en la manufactura del hierro, bronce, latón, plata y oro con los que se realizaron una variada tipología de objetos, desde armas, y elementos rituales hasta joyas. La acumulación de metales como el oro proporcionaba ascensión social, de la misma manera que contribuía a ello la posesión de las minas, cuya utilización estaba expuesta a la realización de sacrificios a los dioses.

Los objetos de latón normalmente eran cajas para betel de distintas formas, media luna, octogonal o rectangular, presentando algunas internamente los compartimentos necesarios para mascarlos: la nuez de areca, las hojas frescas de pimienta, la cal y las hojas de tabaco.

Las armas, fundamentales en estos pueblos, se realizaron básicamente en latón o hierro y se decoraban con elementos de madera y marfil.

Por último tenemos las realizaciones de collares, pulseras, tobilleras y collares, como los objetos referenciales de su adorno corporal, aparte del característico tatuaje que adornaba el cuerpo de los *Igorrotes*. Así, hay que destacar la indumentaria y adorno de los hombres antes de partir a la batida de caza de cabezas humanas, donde destacan los brazaletes o *tankil* que se decoraban con pequeñas esculturas de madera que representaban a *Anitos*; los collares o *Boaya* de colmillos de cocodrilo y los gorros ceremoniales realizados con ratán, o entrenzado de hojas palmera y plumas de ave.

La abundancia de madera en el archipiélago ha propiciado que sean los objetos realizados con este material los que destaquen de una manera especial. Dentro de la organización social de las Filipinas prehispánicas, solamente los grupos de las clases superiores fueron los que tenían acceso a estos objetos que tenían tanto una clara funcionalidad como un fin religioso.

La escultura en la cultura *Igorrote* nos plantea el reto, no solo de investigar sus cualidades y calidades formales sino encontrar el significado antropológico y su vinculación con su amplio panteón de deidades.

Las tallas en madera son características de los pueblos de la montaña y representan fundamentalmente a los antepasados o *Anitos*. Éstos viven exaltados hasta que se celebran las ceremonias adecuadas de enterramiento. Si no se llevasen a cabo, quedaría deambulando causando el mal.

Quizás los mejores ejemplos de talla en madera de *narra* o *naga*, sean las deidades que guardan los graneros o *Bulul*. Estas esculturas, tanto masculinas como femeninas, representan una clase de deidades asociadas con la producción de generosas cosechas. Se utilizan en los rituales en los que se les preguntaba como hacer para que crecieran las cosechas y en algunas festividades.

Los *Bulul* se encuentran en parejas y están esculpidos sentados o de pie con las rodillas flexionadas y apoyando las palmas de las manos o los codos en ellas y cruzando los brazos a la altura del pecho. La distinción entre figuras femeninas y masculinas es apenas apreciable en la mayoría de los casos ya que sus facciones están esculpidas de una forma muy esquemática.

Antes de colocar el *Bulul* en el granero definitivamente, se realiza una ceremonia de activación de la talla, untándose con sangre del animal sacrificado en el ritual. Este ritual esta acompañado de unas cajas o *Punamhan* para el sacrificio, también realizadas en madera, en las que se guardan los restos del sacrificio. Además aparecen unas esculturas con cuenco, casi siempre entre los *Kankanay*, donde se deposita el arroz o vino de arroz como ofrenda, muchas de ellas presentan un tatuaje muy delicado y fino en las manos y muñecas y mechones de pelo natural en la cabeza.

Otros ejemplos de talla en madera son las cucharas con figuras decorando los extremos de sus mangos. Cuando no se utilizaban se guardaban en el hogar en cestas especiales después de ser limpiadas cuidadosamente tras acabar una comida. Las cucharas se utilizaban para tomar líquidos y los cucharones para remover la comida. La simbología que encierran las representaciones que aparecen en sus mangos va, desde la

maternidad, la muerte, la fertilidad, la flora o la fauna, plasmación de conceptos de la vida cotidiana.

Los bancos de madera o *Hagabi* que se decoran con estilizadas cabezas de cerdo esculpidas a cada lado, unos muebles que representaban la riqueza de quienes los poseían, perteneciendo solamente a las elites de los poblados.

En madera también se desarrollan objetos de defensa como escudos, hechos en una sola pieza con maderas muy ligeras. Los ejemplos que se pueden encontrar son numerosos, destacando los de los *Kalinga*, más esbeltos que los de otros pueblos y cuya forma recuerda, vagamente al cuerpo humano, presentando una decoración combinada con cestería y elementos incisos.